

Poesías de C. F. S.  
publicadas en  
B. N.º 7 y otras  
Revistas en el  
período compen-  
dido entre  
1903 y 1911

—



## LOS PINOS DE LAS LANDAS

(De Th. Gautier.)

No se ve, discurriendo por las Landas desiertas,  
semejantes á tristes africanos desiertos,  
—sobre hierbas tostadas, sobre charcos verdosos—,  
sino fúnebres pinos, con sus flancos abiertos.

Porque al hombre sus lágrimas den al fin, resinosas,  
muchos hombres, verdugos implacables de vidas,  
que tan sólo prosperan con los daños que causan,  
en sus troncos dolientes abren largas heridas...

Sin mirar que su sangre corre ya, gota á gota,  
mientras bálsamo rinde, con la savia que vierte,  
todo pino destácase como rudo soldado  
que de pie, sin angustias, aguardara su muerte.

Son así los poetas, en las Landas del mundo.  
Mientras viven sin duelos guardan bien sus tesoros.  
¡Es preciso que sufran! Porque versos regalen,  
como lágrimas leves con reflejos de oro...

CARLOS FERNANDEZ SHAW.

Dibujo de Regidor.

Regidor



### ¡BEATI POSSIDENTES!

Cuando era joven, y me embriagaba  
con ilusiones de que hoy me río,  
soñé ser dueño de grandes tierras.....  
¡Ya tengo un trozo de tierra mío!

Luego la vida, que enseña tanto,  
calmó del todo mi desvarío,  
mas no el cariño perdí á la tierra.....  
¡y hoy tengo un trozo de tierra mío!

Pero ¡ay! que el trozo de tierra ingrata,  
al pie de un bajo ciprés, sombrío,  
es el que llena la sepultura  
donde enterraron al hijo mío!

Con él descansan todos mis sueños  
de amor, de gloria, de poderío.....  
¡Y ante los cielos y ante los hombres,  
aquel pedazo de tierra es mío!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

DIBUJO DE REGIDOR

La maja de los sainetes.

¡Paso á la maja hermosa, la flor y nata  
 Del pueblo del sainete, puro y castizo;  
 La que á tantos aturde, la que arrebató  
 Con su imán á los hombres y con su hechizo;  
 La que, envuelta en las ondas de la mantilla,  
 Que es marco de su cara, fresca y graciosa,  
 Cruza de calle en calle la alegre villa  
 Con talante de reina, con faz de diosa;  
 Con su falda ceñida, de medio paso,  
 Para que se atortolen sus madrileños;  
 Con sus finos chapines de terso raso,  
 Que aprisionan y calzan sus pequeños;  
 Con el talle y el busto llenos de flores,  
 Sus únicas rivales sobre la tierra;  
 Con sus labios, que ríen, pidiendo amores;  
 Con sus negros ojazos *pidiendo guerra!*

La persiguen, la acosan, á los reflejos  
 De la luz que se escapa de su figura,  
 ¡Sus hombres!: sus galanes ó sus cortejos,  
 Los mil adoradores de su hermosura;  
 Cuantos al lado suyo gozan y alientan;  
 Cuantos en torno suyo sus galas miran,  
 Sus donaires ensalzan, sus glorias cuentan,  
 Y en su amor, que es de fuego, su amor inspiran.  
 ¡Pueblo de los sainetes, eternizado  
 Por el gran sainetero y ennoblecido!  
 El airoso chispero, tan bien plantado,  
 Y el manolo de rumbo, tan bien vestido;  
 El guapo macareno jacarandoso,  
 Prendado de sus dichos y de su porte;  
 El oficial de Guardias, presuntuoso;  
 El alcalde ladino de Casa y Corte;  
 El escribano aleve, y el mal tendero  
 Que á las artes de Caco pone remate,  
 Y el bailarín, y el paje, y el botillero,  
 Y el sagaz rapabarbas, y el fino abate,  
 Más la turba famosa de petimetres,  
 Con tantos requisitos acicalados;  
 De ropas aromadas, turbios caletres,  
 Modales indigestos y remilgados,  
 Ojos de que el orgullo se enseñoorea...,  
 Prodigios, en resumen, de tal finura,  
 Que es milagro que el viento, si los orea,  
 No los quiebre de pronto por la cintura.

¡Paso á la maja! ¡Paso! ¡Miren su talle!  
 ¡Miren su cuerpo! ¡Miren su cara hermosa!  
 Chisperos y manolos: abridle calle  
 Y tended á sus plantas la capa airosa.

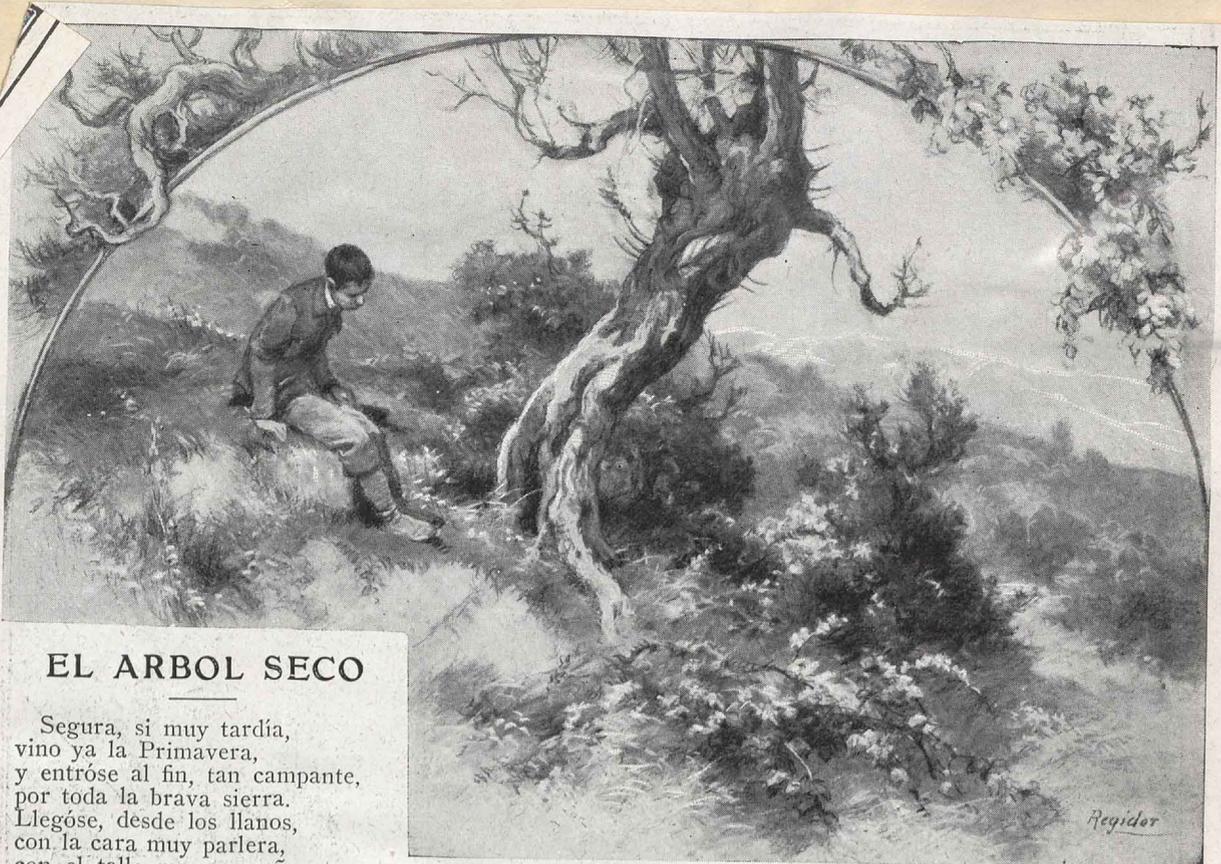
Que sus ojos la miren; sus dos portentos.  
 Que con sus pies la huelle, pies tentadores.  
 Como á su paso brotan flores á cientos,  
 La libraréis del paso llena de flores.  
 Es ella, con sus gracias tan españolas,  
 De majezas y rumbos pródiga suma;  
 Es ella, de manolos y de manolas,  
 Espuma de su pueblo, la sal de espuma;  
 Tan feliz en sus jiras, las populares,  
 En que bulle, del gozo, su sangre roja,  
 Por los sotos alegres que Manzanares  
 Con sus ondas humildes apenas moja;  
 Tan gentil en sus bailes, fiestas bizarras,  
 En sus casas vetustas de los Madriles,  
 ¡Al son de las vihuelas y las guitarras!  
 ¡Con luces de velones y de candiles!

Más que todo el encanto de sus ternuras,  
 Vale de sus arrestos la bizarría;  
 Más que por el encanto de sus hechuras,  
 Vence por el hechizo de su alegría.  
 Si ha de querer á un hombre, querer eterno.  
 Si olvidarlo, borrarlo de la memoria.  
 Para sus amarguras, quiere el Infierno;  
 Para sus ilusiones, quiere la Gloria.  
 Y así va, tan alegre; por la desgracia,  
 Por el mal, por el hombre, nunca vencida;  
 Con su cara de cielo, flor de la gracia;  
 Con su cuerpo de rosas, flor de la Vida.  
 Y así va por el mundo; señora y reina,  
 Que rinde y esclaviza con dulces lazos.  
 El hombre zalamero... que la despeina,  
 Ya no quiere más trono que el de sus brazos.

Con quererres..., sin ellos; con los sentidos  
 Trastornados ó en calma; triste ó risueña,  
 Sus encantos famosos, reproducidos,  
 Hoy nos da, con los suyos, la madrileña.  
 El tipo de la maja préstale forma;  
 Por él, y en el arroyo, de nuevo crece;  
 Con su clásico rumbo, que se transforma,  
 Mas que no, porque cambia, desaparece.

¡Paso á la maja! ¡Paso! ¡Miren su talle!  
 ¡Miren su cuerpo! ¡Miren su cara hermosa!  
 Manolos y chisperos: abridle calle  
 Y tended á sus plantas la capa airosa.  
 ¿Dónde Abril más florido que sus abriles?  
 ¿Quién su amor, cuando pasa, no la somete?  
 ¿Quién, con grandes ensueños, los juveniles,  
 La gloria de su abrazo no se promete?  
 ¡Vitor, la buena moza de los Madriles,  
 Musa del sainetero, Sol del sainete!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.



### EL ARBOL SECO

Segura, si muy tardía,  
vino ya la Primavera,  
y entróse al fin, tan campante,  
por toda la brava sierra.  
Llegóse, desde los llanos,  
con la cara muy parlera,  
con el talle muy cenceño,  
con el andar muy de reina.  
Subiendo fué, fué trepando  
con singular gentileza;  
bien por quebradas, muy duras  
con ser no más las primeras;  
por cerros, después, humildes,  
pero ya de bronca peña;  
muy pronto por las cañadas,  
muy luego por sus laderas,  
—*sigue, sigue que te sigue,*—  
cuando no *trepaba que trepa,*—  
con que al fin se vió, de pronto,  
por las cumbres más enhiestas.

Todas las fué recorriendo  
con natural diligencia,  
y allá donde fué las flores  
nacieron bajo sus huellas  
en una tal abundancia  
de tan gozosa manera,  
que las fuentes desataron  
su raudal, sólo por verlas.  
Y con una tan lujosa  
profusión de tintas nuevas;  
las unas color de oro,  
las otras color de perla;  
tantas con tonos azules,  
tantas con tono violeta,  
cual nunca se vió por estos  
andurriales de la Sierra.  
Tal, por su salud, lo jura  
Juan Gil, el de *La Nevera*;  
gran amigo de estos campos;  
gran sabidor de sus ciencias,  
pues contará las *seis onzas*  
allá para Nochebuena.

Gozó mi huerto, con todo,  
de largas venturas, ciertas.  
Vistiéronse los frutales  
con hoja lucida, fresca.  
Los rosales se llenaron

de flor, con galana priesa,  
y al fin, hasta florecieron,  
silvestremente, las cercas.  
Nadie como Abril ó Mayo  
—Junio, por aquestas tierras,—  
para ser, con gasto fácil,  
gran componedor de fiestas,  
en los bosques y en los prados,  
en los huertos y en las huertas.  
Son como las buenas mozas  
jardines, prados ó selvas.  
Con leve gala de flores  
no han menester más preseas,  
porque en la propia hermosura  
tienen la mayor belleza.

Infeliz con tanta dicha,  
que sus gozos no renueva,  
sólo un árbol, cuasi muerto,  
no sacudió sus tristezas.  
Horas tras horas, en vano,  
tendió sus ramas, tan secas,  
al sol de Junio, tan bueno  
con esperanzas supremas.  
*Vistiéronse los frutales  
con hoja lucida, nueva.  
Los rosales se llenaron  
de flor, con galana priesa.  
Y al fin, hasta florecieron,  
vistosamente, las cercas.*

Más no las ramas del árbol  
moribundo, lastimeras,  
ni el sol de Abril, tan hermoso,  
que vida tan larga presta;  
ni el halago de las brisas  
primaverales, tan buenas,  
pudieron contra el cansancio,  
tan profundo, de sus fuerzas.  
Y en tanto, por todo el huerto,  
vida tanta se renueva,  
sólo el árbol, seco y triste,  
sin calma sufre su tregua.

Porque ya, sin ilusiones  
que lo animen, desespera;  
sin nada con que se aliente,  
sin nadie que lo comprenda.  
¡Porque no para sus cuitas  
retornó la Primavera!

Menos sufrió de los vientos  
del Otoño, de las nieblas  
invernales; de las nieves  
tan rigurosas, tan densas.  
¡Con ver el dolor ajeno  
calmaba las propias penas!  
Agorá nada le alivia.  
Nada su dolor consuela.  
Cuanto ve, de gozos habla,  
por los cielos y en lo tierra:  
tan sonrosadas las nubes;  
los pájaros, que revuelan;  
las flores, que dan al aire  
tan regaladas esencias;  
los mozos, tan parlanchines;  
las zagalas, tan risueñas...  
¡En tanto, le olvidan todos!  
¡Mientras, todos le desprecian!

Arbol, para siempre muerto,  
que, con tan honda tristeza,  
tus brazos alzas, tan pobres;  
tus ramas tiendes, tan secas:  
yo sí, por mi mal, comprendo  
todo el rigor de tu pena.  
Juntos sintamos. Muy juntos  
digamos nuestras querellas.  
Comprendiéndonos. ¡A trueque  
de que nadie nos comprenda!  
Sin esperanzas que alivien  
estas angustias tan negras.  
¡Ay de los dos! ¡Condenados  
á morir en Primavera!

CARLOS FERNANDEZ SHAW.

EN LA CIUDAD

## LA FLORISTA

*La niña de las flores*  
parece nueva flor.  
Las flores dan olores  
intensos, bienhechores...  
La moza da su amor.

Poco duran las flores.  
Menos dura el amor  
de las mozas mejores,  
si cambia de amadores,  
si va de flor en flor.

*La niña de las flores,*  
que es flor de lindo talle,

no espeja sus primores  
en las fuentes del valle.  
Es bien lozana rosa,  
pero no pudorosa,  
porque es flor de la calle.

La calle dióle vida.  
La calle corrompida,  
que es vivero maldito  
de malas tentaciones,  
donde se escucha el grito  
de todas las pasiones.

No la camina sana,  
donde la bella rosa  
nace y muere galana;  
donde la flor humana  
puede ser pudorosa.

*La niña de las flores*  
nardos lleva y claveles.  
Con varios amadores,  
caprichosos, infieles,  
representa las farsas  
de diversos papeles.  
Y al fin sucumbe un día,  
sin llegar á saber  
cuán grande es la alegría  
del honrado placer.

*La niña de las flores*  
—un tipo seductor,  
sin tantos seductores,—  
es ¡ay! como una flor,  
que juega á los amores...  
¡y muere sin amor!

CARLOS FERNANDEZ SHAW.

Dibujo de Regidor.



Regidor



## ESTIVALES

EN esta época es cuando más se activan las ondas hertzianas transmitiendo, sin coste material, suspiros y palabras sueltas que son las notas desgranadas de esa gran sinfonia del amor, con ó sin interés. ¿Qué hará ese? ¿Se habrá ido ya de Plencia? ¿Estará en Motrico? ¿Le quedará todavía dinero del que tomó sobre su finca? ¡Cuatro días sin escribirme!

Todos estos pensamientos, traducidos en frases involuntarias, se cruzan y entrecruzan, formando una red intercontinental entre Ribadeo y Santurce, el Nervión y la ría de Arosa, Luchón y San Sebastián. Muchos de estos marconigramas de uso libre pierden intensidad en el trayecto y otros se quedan á mitad de camino.

Los más constantes son los que expiden las viudas todavía jóvenes y las doncellas de amor tardío, que han logrado encontrar al fin á su *Don Giovanni* maduro y á la moda. Estas pobres rezagadas, que siempre están en la hora romántica, sienten como nadie la influencia del medio, y á pleno campo, sobre el montículo agreste, entre su pabela de paja de Italia y el cesto de desmayadas flores, suspiran sin cesar por él, mientras la luz crepuscular dora el paisaje...

¡Oh, amor! ¡Dulce y tirano amor! ¡Bendito seas, aunque llegues tarde!

Esta exclamación suelen proferirla también los viudos temporeros ó maridos vacantes que espe-

ran con lógica ansiedad los tres meses de verano, únicos que les conceden *los hados* para volver á los risueños días de la juventud. Ellos no usan ni abusan de los marconigramas, ni creen en la telepatía, ni en los suspiros, ni en los pensamientos de amor, sino en las cartas semanales en que sus cónyuges, á vuelta de hablarles de lo largos que se les van haciendo los días, acaban con el consabido ¡*mándame más!*, esa terrible frase que no tiene réplica.

Pero, en cambio, ¡qué dulce manera de vengarse! Vedlos con los trajecillos ligeros y los *jipis*, que dan á ciertos semblantes el aspecto de caprichosos puños de bastón, perseguir con enconados ojos desde las terrazas de los cafés á las señoras de residuo que mariposean en torno suyo, haciéndose las indiferentes y luciendo las gráciles formas. ¡Ellas tampoco veranean! Son las antiguas pescadoras de leviatanes con frac, en Biarritz ó en Bagnères de Bigorre, que se quedan en Madrid por encontrar más fácil la caza del cuco, sencillo volátil que cae siempre en esta época. Son las aves de paso, que llevando en los ojos un método de Ahn para todos los idiomas, alegran la vida de los célibes de ocasión, mientras las consortes-propietarias se divierten y se reponen en las playas y en los balnearios...

El verano es una válvula necesaria. Sin ella, ¿quién puede vivir?

LEOPOLDO L. DE SAA.

Dibujo de Pedro Sáez

# HERALDO ANDALUZ

Madrid 27 de Enero de 1907

## SONETOS

(Para HERALDO ANDALUZ)

### ABRIL:

*¿Véis esa moza, delicada y pura,  
 que apenas si cumplió catorce abriles,  
 mostrando en sus primores juveniles  
 el alba de una espléndida hermosura?  
 ¡Qué semblante! ¡Qué busto! ¡Qué cintura!  
 ¡Qué contornos los suyos, tan gentiles!  
 ¡Gallarda flor de idílicos pensiles,  
 con inocente aroma de ternura!*

*¿No adivináis la dicha que te espera,  
 y el triunfo de la luz tras esa aurora,  
 y el sol grandioso en el naciente rayo?  
 Tal es para la hermosa Primavera  
 el mes de Abril, promesa tentadora  
 del esplendor magnífico de Mayo.*

### ESTIVAL

*Destombra tanto el sol que no lo mira,  
 ni el águila caudal reina del viento.  
 Esmaltando el azul del firmamento,  
 entre incescentes llamaradas gira.  
 Todo es luz y es aroma, todo inspira,  
 y sopla el aire, perezoso y lento,  
 como si fuera el fatigado aliento  
 con que la tierra en el sopor respira.  
 Y tú, mi encanto, la mujer que adoro,  
 surges en esta atmósfera de oro,  
 llena de sol y cálidos efluvios,  
 como visión y Musa del verano,  
 con un ramo de espigas en la mano  
 y una amapola en los cabellos rubios.*

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW



Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



CANCION DE ESTIO

Respiro de noche su lánguido aroma,  
y al punto ya sueño: con grandes jardines;  
jardines de ensueño; con aires muy puros,  
henchidos de olor á jazmines.

¡Qué olor tan sutil! A distancia,  
salvando la red del follaje,  
me llega su dulce fragancia,  
lo mismo que un dulce mensaje...  
Su dulce fragancia, bendita...  
Su olor tan difuso, tan vago;  
que invita al amor, y que excita,  
con blandas ternuras de halago...

Oh blancos jazmines; estrellas nevadas  
de un corte menudo, muy fino, ¡muy fino!;  
¡oh, leve jazmín valenciano,  
fragante jazmín sevillano,  
divino jazmín granadino!

¡Oh púdicas flores! Estrellas de plata,  
—cuán bellas, y al par qué gentiles,—  
¡que dais á las brisas aromas que valen  
por brisas y aromas de muchos Abriles...!

¡Qué olor tan intenso!  
¡Qué olor tan hermoso, Dios Santo!  
Por él, en venturas dulcísimas pienso...  
¡Qué encanto! ¡¡Qué encanto!!

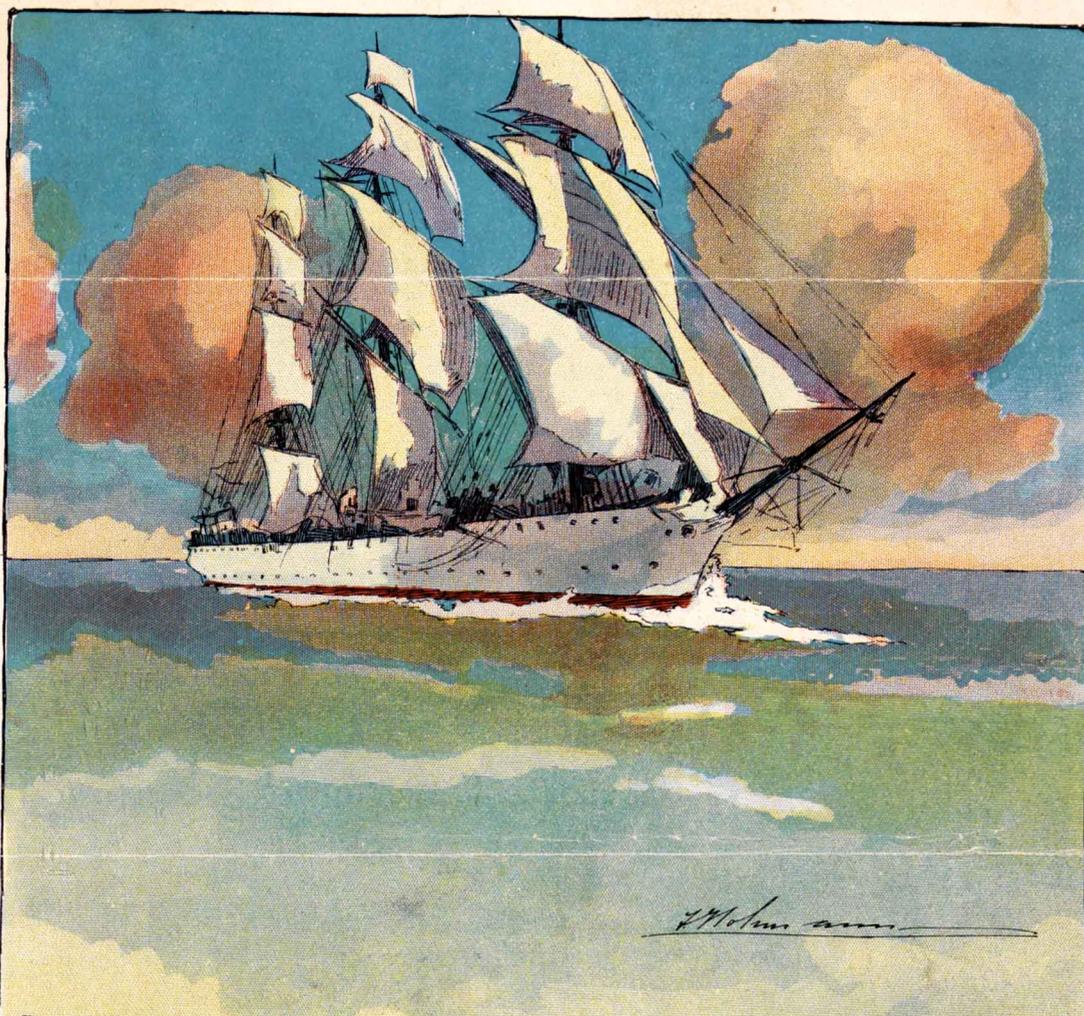
¡Seguid los jazmines llenando el ambiente  
de olores tan finos, en tantos jardines...!  
¡Venturas prestadme, los sueños...! ¡¡Oh sueños!!  
¡Cercadme de aromas, los blancos jazmines!

CARLOS FERNANDEZ SHAW.

E. Varela

20 de FEBRERO de 1909

20/11/1909



*Hohmann*

Poesía del mar.

### Los buques fantasmas

Para «Caras y Caretas».

Estos, que véis, fortísimos "veleros",  
naves que esperan, sobre el mar paradas,  
en tanto que los aires  
no despliegan sus alas,  
con que todas sus velas  
se estremezcan y estiren, desplegadas;  
estos que véis, magníficos "veleros",  
de cinco palos, sobre el mar en calma;  
prisioneros de brumas insistentes,  
misteriosas, opacas,  
cuando el viento retorne  
de nuevo marcharán, en loca marcha;  
¡con cuánta vela al viento!,  
¡desgarrando las aguas!...

Ora la bruma los envuelve y ciega,  
los aprisiona sin cesar... Y aguardan.  
Y á través de la bruma, se aparecen  
como buques fantasmas...  
Dormita el mar. El viento, fatigado,  
reposa, duerme, calla...

¡Cuán profundo silencio!  
¡Cuán solemne! ¡Cuán grave!  
Más, cada vez, profundo,  
¡solemne!; por instantes...

Más, cada vez, la bruma  
va borrando las formas de las naves...  
¡Qué paz en tanta niebla!  
¡Qué paz en tantas ondas,  
bajo los quietos, sigilosos aires!

De improviso, resuenan  
misteriosos, distantes,  
cual si allá resonaran, en el fondo  
de las brumas tenaces,  
músicas gratas, que el encanto dicen  
y el amor de los mares...  
¡Oh, cuán gratas, las músicas marinas!...  
¿Las difunden los ángeles?

A través de la niebla,  
rasgando leves los dormidos aires,  
sus gratas notas vibran  
con sonos celestiales...  
Una mágica orquesta los regala,  
para bien de los buques prisioneros,  
para bien de sus pobres tripulantes...  
Una mágica orquesta, dirigida  
por un mágico Dios: Ricardo Wagner.

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

Dib. de Hohmann.



## TONADAS

## CANTO DE TRILLA

"Voy por mi : de espigas  
en las rubias eras,  
más feliz que el hombre  
que en el mundo entero  
más feliz se crea.

"Por el campo rubio  
respirando llamas,  
¡á la luz del sol!  
Y el calor me azuza,  
que el calor es vida  
y el vivir calor.

"¡Ah, los rubios trigos  
¡En mis ricas eras,  
á la luz del sol!

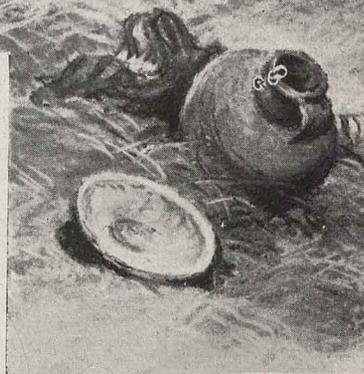
"Por el campo rubio  
de mi yegua bruna;  
la mejor que corre  
sobre tales eras,  
sobre tal llanura.

"Sin que en giros tantos  
ni la yegua ceje  
ni me canse yo.  
Porque así cumplimos,  
trajinando juntos,  
con la ley de Dios.

"¡Sobre campos firmes  
en la gran Castilla,  
y á la luz del sol!

"La mi moza guapa  
la mi moza buena:  
mientras voy trillando  
tu canción me preste  
voluntad y fuerzas.

"Amapolas brillen  
por tus rizos negros  
que tan negros son.  
¡Estará contigo  
cada flor que lleves  
como flor en flor!



"¡Trabajemos juntos,  
y á la par cumplamos  
con la ley de Dios!

"En mis campos rubios  
Con mi yegua bruna.  
Donde todos saben  
que te quiero yo.  
¡Donde el sol nos llena  
de calor y vida!  
¡Trabajemos todos!  
¡A la luz del sol!"

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.  
Dibujo de Regidor.

## EL POEMA DE LAS MONTAÑAS PEÑALARA

En clara noche, de Luna clara,  
brilla á la luna  
la gran laguna  
de Peñalara.  
Brilla con una  
luz misteriosa;  
de tonos puros, de tonos leves,  
como las nieves  
coior de rosa.  
Llena, muy llena,  
del agua pura,  
limpia, serena,  
que da la altura.

Sobre las ondas,  
brilla la cumbre.  
Con grata lumbre  
de tintas blondas.  
Y en un profundo,  
noble reposo.  
¡Cima de un mundo  
maravilloso!

Y al pie del agua, limpia y serena,  
que llena y llena,  
constantemente,  
la gran laguna,  
—tan reluciente  
con tanta luna,—  
se esparce un prado  
de luz vestido;  
muy dilatado,  
muy florecido.

Con muchas matas en flor, agrestes;  
con muchas flores  
de mil primores;  
de finos tallos, de breves hojas;  
blancas, celestes,  
violetas, rojas...

En puros, bellos,  
limpios destellos  
de clara lumbre,  
—desteilos puros de tonos blancos,—  
todo se envuelve, todo se baña;  
la torva cumbre;  
los toscos flancos  
de la montaña;  
la gran laguna,  
tan reluciente, donde se espeja  
la blanca Luna;  
los ricos prados  
hoy tan lucidos,  
tan dilatados,  
tan florecidos.

Rasgan el centro  
del lago breve,  
que el agua forma de tanta nieve,  
pedras informes,  
toscas, enormes,  
de fuertes bases, de gran altura;  
que surgen dentro  
del agua pura.

Tambien parecen  
iluminadas.  
Y resplandecen,  
por modo vago,  
como encantadas.

Allí se acogen las rubias Hadas  
del breve lago.  
Y en toda, toda la gran orilla  
la roca luce.  
Y al fin seduce

Con ser tan ruda. Que tanto brilla.  
Con luz radiante  
del buen brillante,  
si no copiando sus transparencias.  
Que tal engañan, en un instante,  
las apariencias.

¡Cuánta dulzura  
la paz transmite de brillo tanto!  
La paz del cielo, que dura y dura,  
con tal encanto,  
¡cómo sosiega los valles hondos;  
los horizontes,  
limpios de bruma, que prestan fondos,  
de vagas luces, á tantos montes!

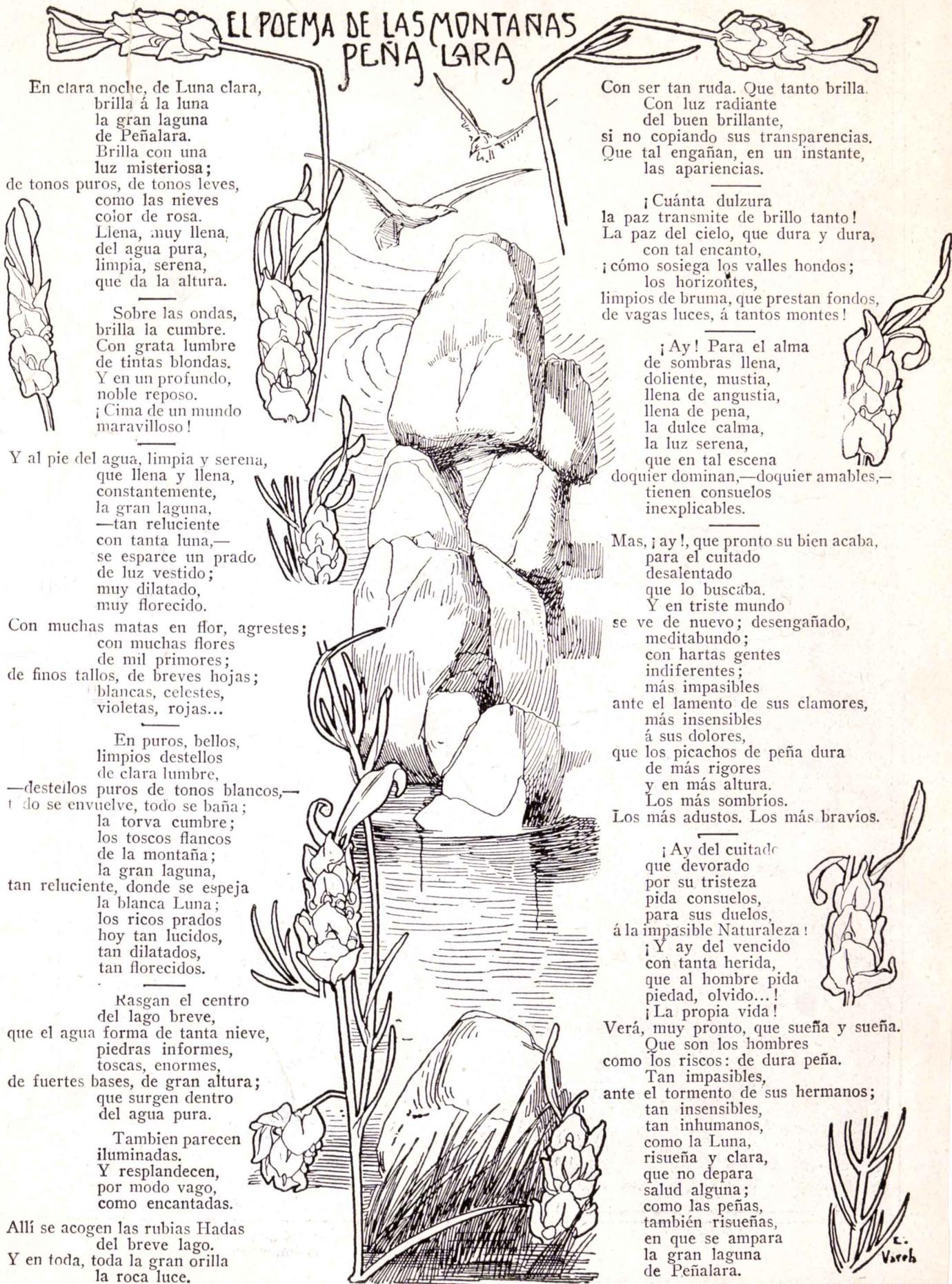
¡Ay! Para el alma  
de sombras llena,  
doliente, mustia,  
llena de angustia,  
llena de pena,  
la dulce calma,  
la luz serena,  
que en tal escena  
doquier dominan,—doquier amables,—  
tienen consuelos  
inexplicables.

Mas, ¡ay!, que pronto su bien acaba,  
para el cuitado  
desalentado  
que lo buscaba.  
Y en triste mundo  
se ve de nuevo; desengañado,  
meditabundo;  
con hartas gentes  
indiferentes;  
más impasibles  
ante el lamento de sus clamores,  
más insensibles  
á sus dolores,  
que los picachos de peña dura  
de más rigores  
y en más altura.  
Los más sombríos.  
Los más adustos. Los más bravíos.

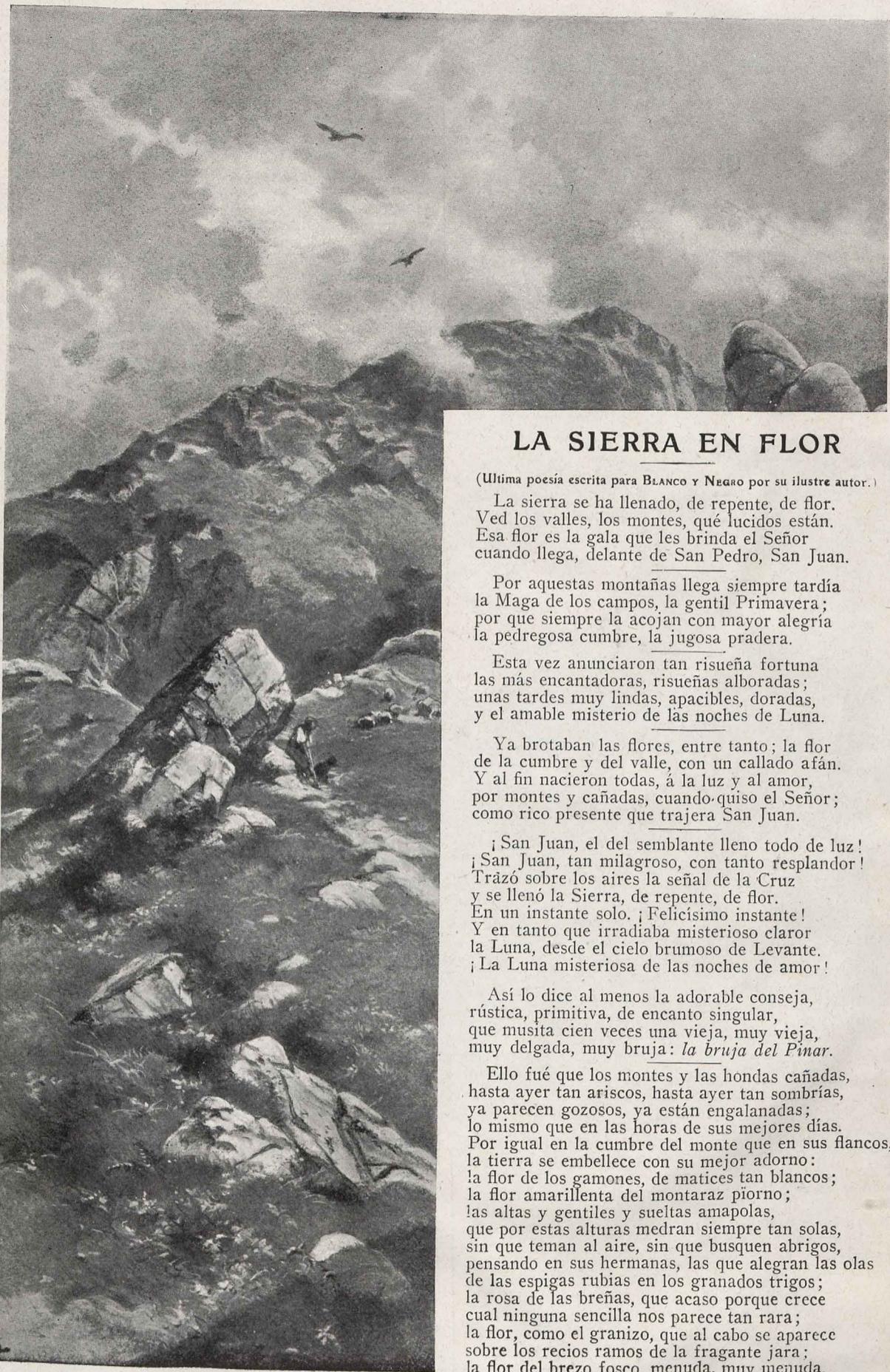
¡Ay del cuitado  
que devorado  
por su tristeza  
pida consuelos,  
para sus duelos,  
á la impasible Naturaleza!  
¡Y ay del vencido  
con tanta herida,  
que al hombre pida  
piedad, olvido...!  
¡La propia vida!

Verá, muy pronto, que sueña y sueña.  
Que son los hombres  
como los riscos: de dura peña.  
Tan impasibles,  
ante el tormento de sus hermanos;  
tan insensibles,  
tan inhumanos,  
como la Luna,  
risueña y clara,  
que no depara  
salud alguna;  
como las peñas,  
también risueñas,  
en que se ampara  
la gran laguna  
de Peñalara.

CARLOS FERNANDEZ SHAW.



E.  
Vareh



## LA SIERRA EN FLOR

(Última poesía escrita para BLANCO Y NEGRO por su ilustre autor.)

La sierra se ha llenado, de repente, de flor.  
Ved los valles, los montes, qué lucidos están.  
Esa flor es la gala que les brinda el Señor  
cuando llega, delante de San Pedro, San Juan.

Por aquestas montañas llega siempre tardía  
la Maga de los campos, la gentil Primavera;  
por que siempre la acojan con mayor alegría  
la pedregosa cumbre, la jugosa pradera.

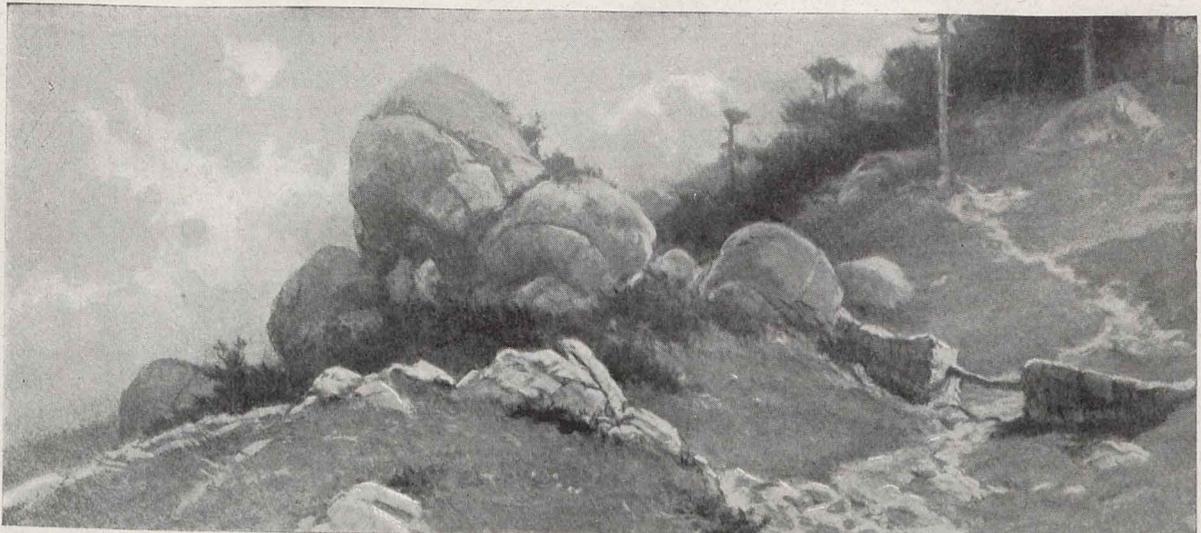
Esta vez anunciaron tan risueña fortuna  
las más encantadoras, risueñas alboradas;  
unas tardes muy lindas, apacibles, doradas,  
y el amable misterio de las noches de Luna.

Ya brotaban las flores, entre tanto; la flor  
de la cumbre y del valle, con un callado afán.  
Y al fin nacieron todas, á la luz y al amor,  
por montes y cañadas, cuando quiso el Señor;  
como rico presente que trajera San Juan.

¡ San Juan, el del semblante lleno todo de luz!  
¡ San Juan, tan milagroso, con tanto resplandor!  
Trázó sobre los aires la señal de la Cruz  
y se llenó la Sierra, de repente, de flor.  
En un instante solo. ¡ Felicísimo instante!  
Y en tanto que irradiaba misterioso claror  
la Luna, desde el cielo brumoso de Levante.  
¡ La Luna misteriosa de las noches de amor!

Así lo dice al menos la adorable conseja,  
rústica, primitiva, de encanto singular,  
que musita cien veces una vieja, muy vieja,  
muy delgada, muy bruja: *la bruja del Pinar*.

Ello fué que los montes y las hondas cañadas,  
hasta ayer tan ariscos, hasta ayer tan sombrías,  
ya parecen gozosos, ya están engalanadas;  
lo mismo que en las horas de sus mejores días.  
Por igual en la cumbre del monte que en sus flancos,  
la tierra se embellece con su mejor adorno:  
la flor de los gamones, de matices tan blancos;  
la flor amarillenta del montaraz pioño;  
las altas y gentiles y sueltas amapolas,  
que por estas alturas medran siempre tan solas,  
sin que teman al aire, sin que busquen abrigos,  
pensando en sus hermanas, las que alegran las olas  
de las espigas rubias en los granados trigos;  
la rosa de las breñas, que acaso porque crece  
cual ninguna sencilla nos parece tan rara;  
la flor, como el granizo, que al cabo se aparece  
sobre los recios ramos de la fragante jara;  
la flor del brezo fosco, menuda, muy menuda.



que al nacer en la mata prontamente la llena;  
 la del triste cantueso, violada, tan ceñuda,  
 con expresión doliente de inconsolable pena;  
 la flor, en fin, que tanto sus flores desparrama;  
 que finge que los montes derrochan su tesoro;  
 la flor, tan amarilla, de la verde retama,  
 que esplende al Sol de Junio con la color del oro.  
 ¡Muchas y muchas flores... con todos los matices  
 del oro, de la nieve, del mar, del arbol!  
 ¡Todas, al mismo tiempo, felices, muy felices!  
 ¡Todas enamoradas de los rayos del Sol!

Es de ver, á la tarde, mientras en sueltos lampos  
 las ya murientes luces cruzan los horizontes,  
 sobre los montes rudos, esta flor de los campos,  
 esta flor de las breñas, esta flor de los montes;  
 —ésta, que no ha nacido por voluntad humana,  
 flor de las rocas; hija del cielo providente;  
 del Sol y de la lluvia; tan bella, tan lozana,  
 por ley de su lozano vivir independiente,—  
 cuando con luz de tonos muy finos, muy süaves,  
 todo se va acusando de manera precisa  
 por los montes abruptos: los picachos tan graves,  
 ó las flores tan leves; al dormirse las aves,  
 al despertar las sombras, al posarse la brisa.

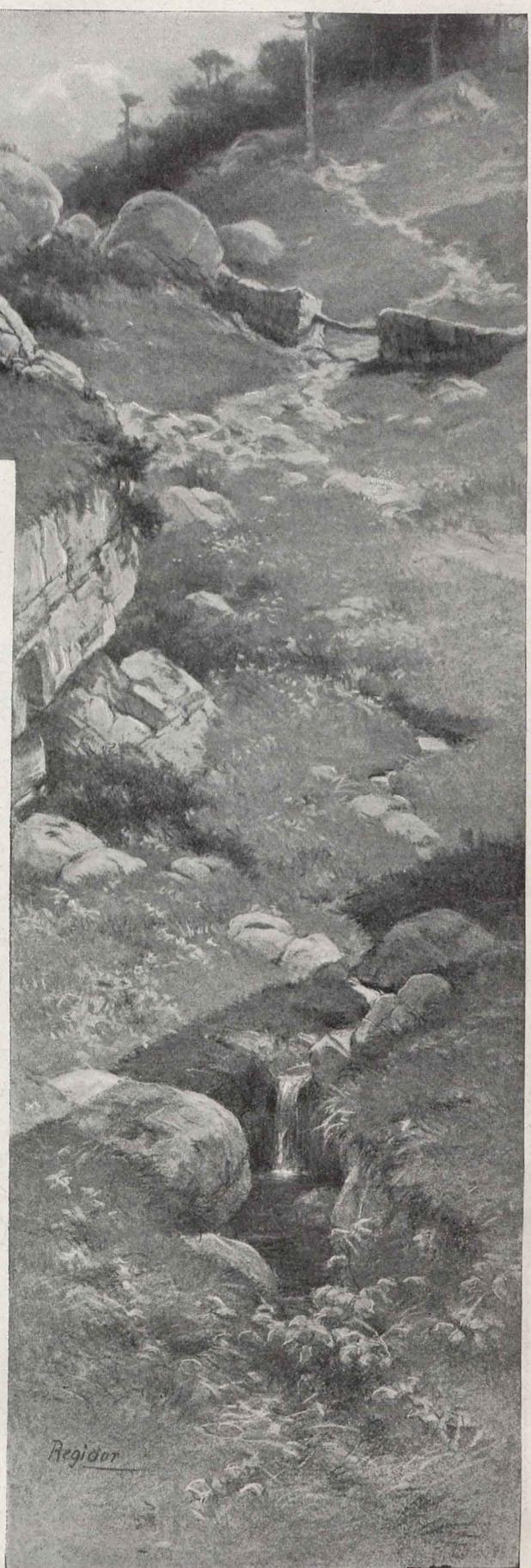
Sobre tanta ladera, tiende la flor,—dorada,  
 violeta, blanca, roja,—mantos de flor, de flores;  
 trémulos, grandes mantos, en los que puso el Hada  
 de las flores silvestres los matices mejores.  
 Trémulos, grandes mantos, que en estas gratas horas  
 ondulan con graciosas languideces süaves;  
 quizá porque se sienten las flores soñadoras,  
 al dormirse la brisa y al dormirse las aves...

¡Y en los picos más altos brotan flores á miles!  
 ¡Allí también! Muy rojas. Muy rústicas. Muy breves.  
 No bien los altos picos, tan altos y gentiles,  
 van soltando la capa de las últimas nieves.  
 Con que revive todo, con que todo se adorna,  
 por gracia de las flores, por sus gracias risueñas.  
 En el gozo creciente de la Vida, que torna  
 con caprichos de virgen, ¡dando flor á las breñas!

Una y mil y mil veces alabada, Dios mio,  
 anta flor de los campos, en los campos brotada;  
 por el valle profundo, por la margen del río,  
 por la cumbre del monte, por la verde cañada.  
 ¡Una y mil y mil veces alabados, Señor,  
 Tú, Señor, en Tu Gloria, y á Tus plantas San Juan!  
 ¡Y los montes y valles, tan hermosos, que están  
 otra vez rebosando, rebosando, de flor...!

¡Y la Vida que vuelve con afán...! ¡Y el afán  
 con que vuelven las flores! ¡El afán del Amor!

CARLOS FERNANDEZ SHAW.



Región

## Á LA PIEDAD DE LA VIRGEN

### PLEGARIA

Miro en Tí, grande Señora,  
no sólo tu peregrina  
pura gracia, que enamora;  
que fascina,  
por divina.  
Quiere mis anhelos ver,  
en tan alto, puro ser,  
á la par,—con inefable,  
gran placer,—  
la Cifra más admirable  
de la más santa mujer.

En la noche serena,  
—Virgen Santa, mi Virgen, Madre mía—  
mi humilde voz resuena.  
Mi plegaria te envía,  
y á Tu Amor generoso la confía.

Recójame Tu manto,  
porque á Tu sombra suenen mis acentos,  
mis ayes y mi llanto;  
con que temples tormentos;  
con que valgan por Tí, mis pensamientos.

Ampárame, Señora;  
Madre de Dios, que por Tu Dios existes;  
celeste protectora  
y amiga de los tristes;  
Luz de los Cielos, que de luz te vistes.

Dame Tu Gracia, Fuente  
de inextinguible amor; excelsa Torre  
de marfil reluciente.  
Y en mis trances me acorre,  
porque mi llanto con Tu Gracia borre.

Llanto de la amargura,  
que siento resbalar por las mejillas  
en horas de tortura.  
Bien si á mis ojos brillas;  
si requiero los tuyos, de rodillas.

Porque mi canto sea,  
que en alabanzas para Tí concierto,  
digna de Tí, presea;  
digna flor de Tu huerto,  
que traiga fruto, peregrino y cierto.

Porque sus notas vibren  
dignas, al cabo, de mi fiel mensaje.  
De todo mal se libren.  
De vicios, de su ultraje.  
Y á tus plantas ofrenden mi homenaje.

Yo te adoro, Señora,  
y á Tu Amor encomiendo mi fortuna;  
oh, Virgen, Luz de Aurora;  
oh, Sol, sin nube alguna;  
oh, de mis noches, refulgente Luna.

Oh, Luna refulgente,  
que con Tus luces los espacios llenas;  
bondadosa, clemente;  
que los duelos serenas,  
calmando males, sosegando penas.

Oh, magnífica Rosa,  
tan púdica, tan bella, tan lozana;  
por todo tan preciosa.  
Oh, Flor, la más galana.  
Oh, Estrella singular de la mañana.

Foco de resplandores;  
Manantial inexhausto de alegría,  
de esperanzas, de amores;  
dulce Virgen María;  
Puerta del Cielo, que regaba el Día.

Madre de la pureza;  
Madre de la virtud, insigne y pura;  
Madre de la belleza,  
que es virtud y hermosura;  
Madre de la piedad, de la ternura....

Refugio que defiende,  
todo bien, todo amor, todo sigilo,  
de la pena que ofende;  
Puerto feliz; Asilo  
más que ninguno, por Tu Amor, tranquilo.

Trono de santa ciencia,  
y Espejo celestial de la justicia;  
segunda Providencia,  
para el Hombre propicia;  
¡Suma Luz, Suma Paz, Suma Delicia!

Yo te adoro, te adoro,  
con fé raigada, con rendida frente.  
No quiero más tesoro  
que tu Amor providente,  
que al fin me salve, si mi bien consiente.

Torna Tus ojos, puros,  
á los que á tí, sin vacilar, convierto,  
de Tu Gracia, seguros;  
cuando mi mal advierto,  
mi crudo mal, en mi templado huerto.

Cuando en él, que es mi amparo,  
sus árboles me acogen y respiro;  
junto al arroyo claro  
que alegra mi retiro;  
cuando á los cielos, que me miran, miro.

Cuando la Noche tiende  
su régio manto, con sus luces bellas,  
y á mí su paz descende;  
mirando las estrellas  
y la hermosura de mi Dios, en ellas.

Ve mi mal; ve mi duelo,  
dulce Señora. Por Tu dulce Nombre.  
Y afróntale consuelo,  
dulce Madre del Hombre.  
Con que brille, de nuevo, Tu renombre.

*La Semana Universal - 11 Julio 1912 - Buenos Aires.*



CANTO VERNAL

Reina Abril. En cielo zarco  
brilla el sol con regio porte,  
sin neblinas que lo empañen,  
sin nubes que lo encapoten....  
Sube al cenit. Y a torrentes  
regala sus resplandores.

Reina Abril. Bajo los árboles  
viejos y fuertes del bosque,  
brincan las aguas pasando,  
y a miles nacen las flores.  
Y el sol esmalta las hojas  
de los nogales y robles,  
con esmaltes caprichosos  
de relucientes colores.  
Los pájaros entrecruzan  
sus largos vuelos veloces,  
con que trazan en los aires  
jeroglíficos enormes.  
Surgen doquier mariposas,  
resuenan doquier canciones;  
las campanas de la iglesia  
llaman a misa de doce  
y al repicar las campanas  
se alegran los corazones.

(Dibujo de Mendez Bringa).

Bajo los árboles viejos  
hoy relucientes, del bosque,  
pasa la amante pareja  
dando celos a las flores,  
al sonar de las campanas  
y al sonar de las canciones.  
Pasan los novios, alegres,  
y al pasar, cruzando el bosque,  
tiemblan los viejos nogales,  
tiemblan los adustos robles.

Ella tiene los hechizos  
de la edad en tiempos joven;  
destellos de sol que nace,  
de flor temprana primores;  
la virtud que a Dios convence  
y el amor que vence al hombre.  
Y el galán, que por el talle  
a lleva, de modo noble,  
las prendas há que a zagala  
de tal virtud corresponden:  
alma con temple de acero  
cuerpo con fibra de roble.

Pasan los novios felices,  
parlando con altas voces,

que, siendo puros, de nadie  
se recatan los amores.  
Un momento se detienen  
con iguales emociones;  
vestidos de sol, envueltos  
en rayos deslumbradores.

El la estrecha, — la zagala  
color de guinda se pone,  
y en su frente deja un beso  
que de rubor la arrebole;  
beso casto, breve y puro,  
muy más dulce que el arrope,  
muy más breve que el suspiro  
con que la moza le acoje.

Mas con ser tan breve y casto  
beso tan sutil, entonces  
chispa singular parece  
que encendiera mil pasiones  
bajo el sol que brilla y ríe  
cabe las ramas del bosque.

Todo cobra de improviso.  
vida nueva, gozo doble,  
Levántanse más gentiles  
sobre sus tallos las flores;  
con más gozosos murmullos  
los cien arroyuelos corren;  
pasan y tornan los pájaros  
más alegres, más veloces;  
las mariposas revuelan  
más y más multicolores....  
Y tiemblan más, conmovidos,  
los nogales y los robles.  
Y repican las campanas  
¡a gloria!, con altos sonos.

Un nuevo amor ha nacido  
nueva flor en fresco brote,  
nueva flor que en fruto cierto  
de vida nueva se torne.  
Cobra su vivir la vida  
del vivir de los amores,  
en el constante misterio  
de las nuevas gestaciones.  
Renuévase por impulsos  
de sus fuerzas multiformes,  
y a cada amor que florece  
bien es que la vida goce...

Regocíjense las aguas,  
los pájaros y las flores;  
¡Regocíjense los cielos!  
¡Regocíjense los orbes!

CARLOS FERNANDEZ SHAW.

LA GALERNA

¡Válganos Tu favor!  
¡Va á saltar la galerna!  
¡Protégenos, Señor!

El cielo está plomizo.  
La mar palpita, loca.  
Desgárranse, crujendo,  
las crestas de las olas.

en tanto sus senos quebrantan,  
prefieren clamores que espantan.  
Clamores de angustia, mayores,  
ya parten de tierra y al mar estremecen.  
Clamores que trémulos nacen;  
que en llantos, al fin, se deshacen;  
que crecen, y crecen, y crecen...

¡Válganos Tu favor!  
¡Va á rugir la galerna!  
¡Defiéndenos, Señor!

Las nubes son densísimas.  
Allá, sobre la costa,  
palpitan, asustadas,  
las crestas de las frondas...

¡Oh, cuadro siniestro!  
¡Clemencia, Dios santo, Dios nuestro!

Las barcas de pesca, perdidas,  
del viento batidas,  
del mar combatidas,  
en vano batallan.  
¡Las vencen las furias del aire,  
que á modo de truenos estallan!  
¿Qué pueden sus pobres pilotos?  
De poco les sirve su anhelo.  
De poco su brío. De nada su ciencia.  
¡Los mástiles rotos  
en vano se elevan al Cielo  
pidiendo clemencia!

¡Válganos Tu favor!  
¡Ruge ya la galerna!  
¡Protégenos, Señor!

Y al fin la galerna desata sus iras,  
con hórrido estruendo...  
Las olas se atacan, saltando.  
Las nubes se empujan, huyendo.  
Y el aire su impulso redobla  
que aterra;  
que todo lo parte,  
que todo lo rasga, que todo lo dobla,  
por mar y por tierra.

¡Qué angustia, qué espanto,  
¡qué horror, Cielo santo!

¡Temblad! No os sonroje,  
temblar, ¡oh, mortales!,  
que veis, en tan breves momentos,  
las iras de Dios, celestiales,  
trocadadas en rápidos vientos.  
Si Dios es clemencia,  
bondad que subyuga, suprema delicia,  
también es á veces violencia  
que el mundo provoca, ¡suprema Justicia!  
Bien es que á las veces—á veces el hombre  
maldice Su Nombre—  
proclame que siempre le acatan  
los vientos que aterran,  
las nubes que rayos encierran,  
los truenos que asordan, los rayos que ma-  
[tan.]

¡Qué angustia, qué espanto,  
qué horror, Cielo santo!

Parece que el viento,  
violento,  
que males suscita, sin cuento;  
que llega  
terrible; que zumba, que clama,  
que aturde, que ciega,  
que silba, que brama,  
que rompe las ondas que crujen,  
que grita con voces que rugen,  
reparte el aliento  
de miles de furias,  
que, en fiera  
salvaje carrera,  
sus iras imponen á fuerza de injurias.

Bien es que revele, por modo sublime,  
su magno poder, infinito,  
que bienes ó penas prodiga.  
Bien es que pregone que el Dios que redime  
también es á veces el Dios que castiga.

¡Oh, cuadro sombrío!  
¡Clemencia, Dios mío!

La mar se desgarrar, batiendo las rocas.  
Sus aguas, tan negras, tan rudas, tan locas,

Por El, en los cielos, sublimes altares,  
irradian los rayos, con luz que deslumbra,  
la luz de Sus Rayos, eterna.  
¡Por El, á los mares,  
se impone también la Galerna!...

(Del libro Cancionero infantil, por el malogrado poeta  
Fernández Shaw.)

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.